

Sólo una historia

A la Revolución Mexicana le sobreviven miles de historias de familia que merecen ser contadas, dice el autor. Como la de Doña Ana, que poco o nada tienen que ver con las proclamas de héroes o villanos, sino con su propia supervivencia. **TEXTO: ALEJANDRO IRIGOYEN PONCE**

El tiempo es como el viento, termina por erosionarlo todo.

El mundo gira y las circunstancias cambian, los impactos se diluyen y los eventos del pasado pierden poco a poco su significado; con el paso de los años, los rostros esculpidos en el granito de los hechos se desdibujan, y con mayor rapidez aquellos moldeados con la arcilla de las interpretaciones.

La realidad del hoy manda y cuando la cotidianidad reclama la suma de los esfuerzos se vuelve muy difícil voltear la mirada al pasado y encontrar un asidero que nos ayude a impulsarnos hacia el futuro.

Aún así, llega noviembre y resulta obligado hojear el libro de nuestra historia –escrita, como siempre, por los vencedores y que los gobiernos posrevolucionarios elevaron a niveles casi míticos– para recordar ese día 20, de hace 97 años, que cimbró a nuestro país.

Hay que recordar a Díaz y a Madero, a Carranza, a Villa, a Zapata y también a Huerta. Nuestros héroes y villanos.

Es propio del mes y de las formas que tenemos de asumir nuestra historia. Regresan los discursos, las evaluaciones, los desfiles y los maestros que incrementan sustancialmente la cuota de tareas, como un intento –las más de las veces fallido– para marcar a hierro en la memoria de nuestros niños la versión oficial de esa serie de luchas y revueltas, golpes militares y conflictos internos que se engloban bajo el rubro de La Revolución.

Y se desempolvan las grandes figuras de esa etapa, esos momentos que los elevaron al estatus de héroes. Está Francisco I. Madero, el acaudalado agricultor coahuilense, y su libro, *La sucesión presidencial*, publicado en 1908; su Plan de San Luis, que lanzara desde San Antonio, Texas, en octubre de 1910;



ILUSTRACIÓN: SILVIA LUZ ALVARADO

su conquista de la Presidencia de la República en noviembre de 1911, y finalmente su asesinato, en febrero de 1913.

Y en el otro lado de la moneda, Porfirio Díaz, el oaxaqueño, héroe de la Batalla de Puebla, mexicanísimo sinónimo de dictador, presidente de la República en seis ocasiones casi consecutivas (salvo por periodos de simulación, pero en control efectivo del poder), que renuncia en mayo de 1911 (ante el triunfo del movimiento maderista), cuando parte a Francia, donde muere a la edad de 84 años en julio de 1915.

Pero al margen del desfile y de las reflexiones de aquellos que aprovechan la ocasión para fijar posturas en algún punto del espectro entre los que glorifican la herencia revolucionaria y aquellos que la reducen al cambio de una dictadura por otra, sin que el proceso implicara un cambio sustancial en el México profundo, el de las desigualdades y pobreza, quedan algunas historias, sin filias ni fobias ideológicas, que refieren hechos tan concretos como la memoria lo permite, ajenos a los discursos y a las cargas partidistas. Las de aquellos que vivieron y sufrieron con las escaramuzas, los saqueos, la violencia y la zozobra.

Dios reparte balas

Son historias de familia que en algunos casos sobreviven en la tercera generación y que deben ser contadas para que no se pierdan en la cuarta, historias como la de Doña Ana, íntimas y profundas que poco o nada tienen que ver con las proclamas de héroes o villanos, con la reivindicación de causas populares o las traiciones, pero que son verdaderas, por humanas y cercanas.

Para ella, la revolución fue la suma de una serie interminable de momentos cargados de angustia y desesperación: el recuerdo de una niña de entonces 12 años de edad que escuchaba los gritos

de su abuela, Doña Petrita, que la urgía a correr con las enaguas en las que se habían cocido pequeñas talegas con moneditas de oro y plata para salvarlas de las manos de los Dorados, esos mismos que de vez en vez tumbaban el portón de su casa en busca de armas, comida, ropa, lo que pudieran llevarse.

Recuerda a su hermano Ignacio y a ese grupo de jóvenes que llamaban "los socialistas", que salían rumbo al cerro cada vez que llegaba Villa a Parral, Chihuahua, "para echarles bala". Ignacio no defendía la causa de los federales, ni tenía especial antipatía por el movimiento revolucionario. Simplemente entendía como su deber el salir a defender a la familia, sus pertenencias, a echar bala y luego esconderse en la mina Palmilla durante días o semanas, el tiempo que fuera necesario, mientras no llegara alguna partida de federales que sacara a los villistas del pueblo.

Recuerda también la noche en que su hermana Magdalena le contó la tragedia sufrida por un vecino al que "visitaron" los villistas, pero no esos hombres de sombrero y charrerías de cuero que se llevaron el baúl con ultramarinos y un par de sillas del comedor, sino los otros, los que traían el odio en los ojos, los que golpeaban y abusaban.

Y lo más doloroso, la prima Austreberta, que tuvo por desgracia gustarle al mismísimo general, que se la llevó como "esposa". Para Doña Ana, lo único que hizo el revolucionario fue quemarle el alma y desgraciarle la vida a una mujer hermosa. Por qué no huyó a El Paso cuando pudo hacerlo, se preguntaba. Bueno, se hizo la voluntad de Dios, se respondía.

Y es que en esos años, para la familia Dios era la única esperanza. Doña Ana recuerda cómo una tarde su abuela alimentaba a sus canarios, en el patio que daba al río y cómo llovían las balas, de villistas o federales, era lo mismo. Las nietas le urgían a entrar en la casa, pero la

anciana sólo les decía: "Ellos jalan el gatillo, pero Dios reparte las balas". Nunca le tocó una.

Héroes y mitos

Están Villa y Zapata, nuestros iconos revolucionarios, y el dato oficial que refiere que entre 1910 y 1920 el país fue sacudido por una serie de luchas y revueltas que intentaron transformar el sistema político, social y económico, y que las expresiones de violencia esporádica prosiguieron hasta 1934, cuando llegó a la presidencia Lázaro Cárdenas, quien institucionalizó las reformas que se habían iniciado en el proceso revolucionario y que se legitimaron con la Constitución de 1917.

Pero también están esos momentos que forman una vivencia, una historia entre miles, que resulta más sólida que todo aquello que el tiempo se ha encargado de erosionar, por propia, por verdadera.

Pasan los años y algo queda. La Revolución Mexicana, el primer gran movimiento social del siglo pasado, es más que la interpretación de los vencedores, más que la aspiración de abatir rezagos y eliminar injusticias y ciertamente mucho más que los afanes de crear héroes, mitos. La revolución es también Doña Ana y sus recuerdos, lo que queda de ellos, de esa "bola" que cimbró al país y que la golpeó duro, igual que a millones de mexicanos.

La historia la escriben los vencedores, aunque de vez en vez se cuele alguna versión de los vencidos. Y en el medio, los recuerdos de los que vivieron y sufrieron los hechos, sin entender los discursos; la historia de éstos también merece ser contada, para que no la erosione el tiempo.

ALEJANDRO IRIGOYEN PONCE

Periodista. Ha dirigido *El Siglo de Torreón* y *El Informador de Guadalajara*.